

## Capítulo - 65: Corta todo lo que veas

El lago lo consumió, envolviéndolo por completo; el agua fría y densa era como un abrazo gélido. Sintió que lo arrastraban hacia abajo, el frío lo penetraba más allá de lo físico; su alma se heló.

Cuando abrió los ojos bajo el agua, ya no vio nada parecido a lo que había visto antes; claro, ya no estaba en ese lago. Estaba de pie en un campo abierto, con el cielo teñido de rojo sangre, pero el paisaje... se parecía a su sueño anterior.

Un campo florido, ahora reemplazado por lirios araña rojos...

Podía sentir una presencia enorme y abrumadora en el aire, una tensión inminente, una sensación negativa. El viento era fuerte, barriendo un paisaje que parecía aún más desolado, y el sonido distante de llamas crepitantes captó su atención, atrayéndolo hacia esta escena extrañamente curiosa y malévola.

"Vergil..." llamó una voz familiar.

Miró rápidamente al frente, a la izquierda, a la derecha, y finalmente se dio la vuelta. La visión le detuvo el corazón por un instante.





La voz le pertenecía a ella, a la mujer que había conocido por primera vez, a la que lo había cuidado, al primer beso que había compartido con ella, tan memorable que nunca abandonaría su mente...

"Ada..." murmuró.

Ada estaba allí, con expresión serena, pero algo andaba mal; claramente, esta no era la Ada que él conocía. El vestido de novia que llevaba, el mismo de su sueño anterior, estaba completamente manchado de sangre, pero lo que realmente le llamó la atención...

Sus ojos... parecían distantes, casi irreconocibles... Simplemente... vacíos... Antes de que pudiera decir algo, un grito horrible cortó el aire.



Se giró y vio a Katharina y Roxanne. Ambas yacían en el suelo, con expresiones paralizadas por el dolor y la agonía. La sangre manaba de profundas heridas en sus cuerpos, y sus ojos estaban llenos de miedo.

Katharina había sido cortada por la mitad, mientras que Roxanne había sido brutalmente desmembrada... con sus cuatro extremidades cortadas y arrancadas.

¡No... NO! Vergil corrió hacia ellos con el corazón palpitante, pero en cuanto se arrodilló junto a ellos, sus cuerpos comenzaron a



desintegrarse en cenizas. Intentó tocarlos, abrazarlos, pero sus manos los atravesaron como si fueran fantasmas.

"L-Lo siento...", tartamudeó, presa del pánico. Miró a Ada, quien simplemente observaba todo con una calma inquietante.

"Fracasaste, Vergil", dijo en voz baja. "No pudiste protegernos". Habló sin emoción, con una suave sonrisa extendiéndose por su rostro mientras su cuerpo ensangrentado comenzaba a arder.

"Nos perdiste a todos... Nos robaron, nos mataron y nos desmembraron por tu debilidad...", dijo Ada, todavía sonriendo...

"Eres débil."

Sintió un dolor abrumador en el pecho, como si su corazón se estuviera desgarrando en pedazos.

Intentó hablar, pero las palabras se le atascaron en la garganta. Era una pesadilla... no, algo peor que eso.

Era una realidad distorsionada, cruel y carente de piedad, donde se conformó con el sentimiento insatisfecho de volverse más fuerte, por no tener ninguna razón... Era el final de alguna línea de tiempo donde había elegido seguir siendo un Demonio Ordinario...





Cerró los ojos mientras el peor escenario posible lo envolvía... Sus ojos no podían permanecer abiertos y casi cayó al abismo... pero...

De repente, todo cambió de nuevo. Estaba de vuelta en el lago, jadeando mientras intentaba comprender lo que acababa de suceder. Pero antes de que pudiera procesarlo, fue arrastrado de nuevo a las oscuras aguas.

Esta vez, se encontró en medio de un bosque oscuro.

La luna iluminaba tenuemente la escena ante él. Los árboles a su alrededor parecían moverse, susurrando palabras ininteligibles.

Virgilio oyó el sonido de pasos ligeros detrás de él.

—¿Vergil? —Era la voz de Katharina, suave y gentil, pero con un dejo de dolor.

Se giró y allí estaba ella. Katharina sonreía, pero su cuerpo estaba marcado por cicatrices y heridas abiertas. "¿Por qué me dejaste?", preguntó con la voz entrecortada por el sufrimiento.

"Yo... no te dejé..." Vergil intentó responder, pero su cuerpo se paralizó de miedo. Cada vez que intentaba acercarse, ella parecía alejarse más, con una acusación silenciosa en sus ojos. "Katharina, te lo juro, yo nunca..."





Las palabras murieron en sus labios cuando una inmensa sombra emergió tras ella. Una figura monstruosa, con ojos brillantes y garras afiladas, surgió de la nada. Sin previo aviso, la criatura clavó sus garras en Katharina, levantando su frágil cuerpo del suelo.

"¡No!", gritó Vergil, pero ya era demasiado tarde. La figura desapareció en la oscuridad, llevándose consigo a Katharina. Corrió hacia el vacío, desesperado por salvarla, pero no había nada allí. Solo oscuridad.

Sintió un nudo en la garganta y la desesperación lo invadió. Había fracasado otra vez.

El ciclo se repitió.

Vergil fue asesinado, descuartizado, estrangulado, empalado y quemado vivo. Cada vez que moría, la muerte de sus esposas lo atormentaba aún más. Ada, Katharina y Roxanne murieron de forma horrible, siempre fuera de su alcance, dejándolo siempre indefenso. Cada muerte era más brutal que la anterior, y cada vez que regresaba, su desesperación crecía.

Pero con cada nueva vida y muerte, Vergil empezó a comprender algo. Cada vez que se enfrentaba a la muerte de Ada, Katharina y Roxanne, se culpaba a sí mismo. Sentía el peso del fracaso aplastándolo, pero el lago no solo le mostraba sus muertes; le revelaba algo sobre él. Era su propia culpa la que lo mantenía atrapado en este ciclo.





Vergil se detuvo, comprendiendo finalmente que, por mucho que intentara evitar o cambiar la situación, siempre revivía la misma pesadilla. Las muertes eran inevitables, igual que su sufrimiento.

La pregunta resonó en su mente: ¿Por qué quiero ser más fuerte?

La respuesta llegó cuando se enfrentó de nuevo a sus esposas, que morían ante él, pero esta vez no huyó presa del pánico. Se arrodilló junto a ellas, aceptando que, llegado el momento, no podría protegerlas de todo.

«Romper el ciclo de la muerte... aceptar la muerte y... al diablo con ella». Vergil finalmente comprendió que su deseo de fortalecerse no era solo para proteger a quienes amaba. Era para llenar el vacío interior, la inseguridad, el miedo a no ser suficiente. Quería ser más fuerte para redimirse de sus propios fracasos, de su culpa.



Quería controlar lo incontrolable.

Se dio cuenta de que en el fondo estaba luchando contra sí mismo.

Al darse cuenta de esto, la escena a su alrededor cambió una vez más. Esta vez, no fue llevado a un campo de batalla ni a un bosque oscuro. Estaba en un lugar informe y vacío. En medio de este vacío se alzaba una figura: él mismo.

Vergil contempló su propia imagen. El reflejo estaba cubierto de cicatrices, con una expresión seria y cansada. Era él, pero al mismo



tiempo, no lo era. Esta versión de él era una manifestación de su culpa, de su necesidad obsesiva de ser más fuerte, de ser invencible.

"¿Crees que hacerte más fuerte resolverá tus problemas?", dijo la imagen en tono frío.

Vergil no respondió de inmediato. Sabía que esa figura era una extensión de sus propios sentimientos. Durante mucho tiempo, creyó que la fuerza lo resolvería todo. Que ser lo suficientemente poderoso haría desaparecer sus miedos, inseguridades y culpa.

—Yo... yo pensé que sí —dijo Vergil con voz ronca, casi un susurro.

"Pero no es eso, ¿verdad?", respondió la figura. "Tienes miedo. Miedo de fracasar. Miedo de perder. Y esa fuerza que buscas con tanta desesperación... no cambiará eso."

Virgilio cerró los ojos, dejando que las palabras penetraran en su mente. Estaba cansado de luchar consigo mismo. Cansado de revivir la muerte de sus esposas, de revivir sus fracasos.

"Quiero ser más fuerte", murmuró. "Pero... no para escapar de estos miedos. Quiero ser más fuerte para enfrentarlos. Para aceptar que no puedo controlarlo todo, que los fracasos ocurren, y eso es parte de ser humano..."







—Ya no eres humano, muchacho —susurró la voz de Viviane en su interior, y abrió los ojos.

Lo que estás experimentando ahora es solo un reflejo de algo que nace de tu interior. Algún remanente de un ancestro o algo así. Esta 'pérdida de tiempo' en batallas que te resultan tediosas es solo un reflejo de alguien que te precedió y consideró a los débiles... débiles.

"La contradicción que recorre tu mente es un Espíritu Ancestral que quedó atrapado en tu linaje; por eso estás aquí. Para purificar tu espíritu", dijo Viviane mientras esa versión de él desaparecía lentamente.

"Quieres ser fuerte, pero tus primeras batallas fueron aburridas, sin interés... Naciste fuerte, pero luchaste contra los débiles. Por eso hay una contradicción en tu esencia", dijo ella, apareciendo frente a él.



"Es hora de borrar esa debilidad humana", dijo con una sonrisa traviesa.

Vergil sintió una ola de frustración creciendo dentro de él mientras las palabras de Viviane resonaban en su mente.

"¿Borrar mi rasgo humano?" repitió con voz tensa.





"¿Y cuál es tu propósito?", preguntó Viviane con una sonrisa burlona. "Dices que quieres enfrentar tus miedos, pero ¿cuándo fue la última vez que lo hiciste? ¿Cuándo fue la última vez que no huýeste de tus fracasos, sino que los enfrentaste de frente?"

"El problema con los mortales es este: piensan demasiado y, aunque cambian con el tiempo, desarrollan complejos que afectan su existencia."

"¿Quieres salvar a tu esposa, Ada? Entonces es mejor que empieces a despojarte de esa debilidad y te conviertas en un Dios de la Guerra para lograrlo", dijo Viviane mientras una luz aparecía en su mano.

"Ser una Ferreira espiritual me cansa, ¿sabes? Tómallo ya." Le entregó algo... Algo que él...



"Corta todo lo que veas hasta que seas libre."